

PERFIL

Con este libro, la "Biblioteca Rodó", inicia la publicación de una serie de volúmenes que constituirán, en lo posible, la obra literaria de Roberto de las Carreras, escritor que, aunque en vida física, el sombrío silencio de la razón ciega, abrió para él una pausa definitiva...

Los que tuvimos la suerte de conocerlo y tratarlo en su noble y atrayente amistad, en un pasado cuarentón y romántico, su nombre reaviva una evocación amable, y más, por que al evocarlo tenemos presente a nuestra propia juventud. En cambio para las generaciones actuales, que sólo tienen confusas referencias de una edad que pudo llamarse de oro para las letras rioplatenses, Roberto es un personaje con algo de fábula o de leyenda, lo que da a su personalidad un relieve de embrujo. Tantos y tan distintos han sido los comentarios sobre su brillante talento, su insolencia, su sibaritismo sensual, su egolatría, su burlón y desaprensivo concepto moral y la agresividad varonil de su figura, que ha terminado por diluirse en el antojadizo contorno con que se proyecta en cada imaginación.

Por eso es difícil realizar un perfil más o menos aproximado de este extraordinario hombre de letras, destacada figura del ambiente de una época y que tuvo la virtud de concitar sobre sí, el más variado juicio en lo intelectual, en lo moral y en lo social. Difícil, pues, trazar su perfil; una, por la lejanía de tiempo, ya que hay que ajustarse al plano

y complejo de una época distante, y no siempre el color y la línea pueden dar idea cabal de la figura; y otra, por las mismas apreciaciones encontradas sobre su personalidad y su obra. Por eso, juzgar con el criterio y el gusto de nuestros días, y por lo tanto con la exigencia de los moldes neo-literarios, una obra de la naturaleza excepcional de la de Roberto de las Carreras, es desvirtuar su propia esencia; quebrar su encanto; modificar el verdadero sentido armonioso y espiritual, que sostiene una arquitectura, de muy original belleza y gracia personalísima. De ahí, nuestra confesión de que preferimos y compartimos con los juicios labrados en la época de su presencia activa y triunfal apogeo, por aquellos que cómo él eran jefes en las capillas líricas de principio de siglo; maestros del buen decir y el gay saber; ordenados caballeros del ideal en la exaltada concepción apolínea; por aquellos que dominaron el ciclo ilustre, con la suntuosidad de su talento y que vivieron la encendida mística literaria de una hora aun virgen de toda inquietud revolucionaria; de todo agitado proceso de transformación; de toda esa incesante corriente de renovación que dió asiento a un mundo nuevo en el arte, especialmente en las letras.

"Roberto de las Carreras es un sibarita que sienta mal en el rebaño burgués de nuestros literatos" —decía Julio Herrera y Heissig, su compañero en el cenáculo azul de los prestigios y del encantamiento de la palabra brillante y sonora—. "Se hace difícil el triunfo de lo anticonvencional y lo revolucionario"; —seguía diciendo Julio— "Roberto de las Carreras debe nadar como Byron para cruzar ese Helesponto de Egoismos y de Envidias, que le saldrán al camino cada vez que, sin hacer caso de las prevenciones de los cobardes, se arroja audaz de la roca de Decaulión al mar de la publicidad, son-

riendo con desdén a cada bofetada de las olas y mirando en el fondo del peligro que amenaza tragarlo, el cielo que se refleja de su gloria futura”.

Y sigamos aún a Herrera, pregonando en la aparatosa decoración del adjetivo elogioso, y con la sincera admiración de artífice casi sagrado, el valor literario de Roberto, cuando le dice juzgando una de sus obras, “Sueño de Oriente”: “Soberbio es su estilo; la frase acerada; el período es redondo, musical, lleno, marmóreo, estatuario. Benvenuto Cellini ha burilado en su taller de escritor. Prestóle Flaubert su diosa para que le sirviera de modelo. Los períodos tirados a cordel, marchan a compás de soberbios redobles y de sinfónicos golpetazos, rematando en hemistiquios de oro; como la estatua de Memnon, retumban; como las olas que Ossián rimó en sus estrofas, cantan. El sonámbulo de “Espírita” le prestó su paleta de mago del país del Iris. Su imaginación sonrío como un trópico enflorado. Imagen de la fecundidad, —como dice Musset— de las palmeras de Argel, con solo agitar su abanico de reina oriental, puebla el desierto de magníficas esmeraldas”.

La egolatría fué rasgo saliente en su inconfundible personalidad. Un agudo yoísmo, encuadrado en una estudiada e insolente arrogancia, ponía sello propio en su personalidad y en su obra. Y el mismo Julio no lo disimulaba al analizarlo en planos más fríos, cuando decía: “Desde las primeras líneas aparece el yo. Roberto de las Carreras ha querido aplaudirse antes que lo censuren. Es el viejo procedimiento romántico: el que se exalta será exaltado. Es el dueño de casa que se sirve antes que las visitas. Es lo más descortés posible. Sin duda quiere imitar a Bonaparte en la Corte de Berlín. El espíritu individualista aparece erguido como los célebres leones esculturales de las puertas egipcias.

Para interesar —dice Lamartine— hay que hablar de uno mismo. Si se llamara pendería lo que es naturalidad en Roberto de las Carreras, no dejaría de ser “la insolente pendería del talento”.

Y en cuanto a la obra literaria de Roberto y que en esa oportunidad juzgaba el insigne cincelador del “Collar de Salambó” este decía con la iluminada magia de su palabra: “Elegancia y sensualidad”. Estos son atributos que forman la conjunción sublime de los atractivos de Sapho, componen el tejido mórbido, blanco, consistente y elástico de tan hermoso libro. Es Citerea bañada en champagne; es una bacante de Pompeya mirándose en el espejo de una cisterna. Hay algo de cínica ingenuidad en esas páginas sahumadas con mirra de harenas y escritas con sangre de cinamomos. Roberto de las Carreras ha triunfado porque nos ha descubierto lo que nos ha descrito tan admirablemente. Su libro es estricnina en copa de oro. La flecha se halla escondida bajo el espléndido plumaje de un estilo que ha dado la nota más alta, de dos años a esta fecha, entre todo los que han elaborado nuestras jóvenes inteligencias. Ahora, del punto de vista moral y sociológico la obra constituye una afrenta al pudor de la sociedad; el autor se calza los guantes para abofetearla y como si se tratara de los viejos castigos de cuartel, hay música y hay crimen al mismo tiempo. Un libro que tiene toda la atracción del ángel malo; explende y quema como la túnica de Neso; brilla y corta como el diamante; es la falsa pitonisa; es la roca fragante que esconde el áspid de Cleopatra. Roberto de las Carreras nada respeta. Solo se habla y se escucha a sí mismo. Es un fotógrafo del pecado. Es el diablo concebido por Heine, que no es feo, cornudo ni cojo, sino que viste frac de caballero y se codea a cada paso con los ángeles... de Montevideo”.

¿Se quiere en frases más hermosas y certeras, un mejor perfil intelectual y moral de Roberto de las Carreras, como el que con fina elocuencia lo ofrece —y conseguido en el afán impaciente de nuestra búsqueda, —quien fuera el sacerdote sumo de los oficios lunáticos de la Torre de los Panoramas, donde se consumó una de las más hermosas gestas del Uruguay, “altillo histórico” donde, al decir de ese otro magnífico y suntuoso Vasseur, Roberto fué el maestro esteta y el verdadero precursor del modernismo en nuestra literatura.

¿Una semblanza de Roberto? En lo físico: personaje familiar en los ambientes céntricos montevideanos, fué suya la creación del elegante tipo “boulevardier”, por cuya razón su figura fué nota original y de curioso en la aldea. Tuvo también discípulos en ese otro dandysmo, pero lo que en él era naturalidad personal, en sus imitadores resultaba figurín ridículo, por lo que su silueta fué inconfundible y única. Su estatura normal; cuerpo de varonil forma y líneas armoniosas; de arrogante señorío en el andar; sombrero algo mosqueteril sobre una amplia cabellera tirando a blonda y ensortijada; bigote a la francesa, mirada penetrante e insolente el gesto; alto y torturante el cuello, con corbata “lavoiser” ochocentista a doble vuelta; gardenia en el ojal; chaleco de piqué níveo; guante al desgaire y bastoncillo cimbreante y flexible; tal era, a ligero dibujo, la silueta de aquel hombre inquieto y atormentado de “pose”; poeta extraño, taumaturgo del estilo, afrodisiaco a lo Pierre Louys, naturalista a lo Huysman y genio ático y satírico a lo Byron.

En cuanto a la semblanza moral de Roberto de las Carreras, confesemos que nos resulta difícil rea-

lizarla. Nacido en cuna ilustre y en hogar de desahogada fortuna, le fué fácil adquirir una brillante cultura, la que fué ampliando en sus viajes a Europa y en su inquieto afán de lecturas seleccionadas de acuerdo con sus gustos y preferencias literarias. Y así dió forma y fundamento a su personalidad intelectual, a la cual, su natural característica, su temperamento rebelde, su ostensible desprejuicio y desenfadado desdén por todo lo que fuera disciplina en el precepto social y aún en lo convencional de las reglas morales de la época, creó una fisonomía propia de tal relieve, que lo ubicó en un plano ambiente de sobresaltadas apreciaciones, ríspidos juicios y severas críticas. Y así fué como con algo de verdad y otro algo de artificial, adquirió una excepcional reputación, de un si es no es de hombre diabólico, excomulgado por los santos oficios de rígidas gazmoñerías, pero admirado en el silencio sentimental de núbiles románticas. Todo en él concitaba a una presencia estremecida. La aureola donjuanesca que algunas aventuras reales o imaginarias le habían dado; su fama de espadachín; la bella arrogancia de su figura varonil; la insolencia con que hacía gala de su elegante bastardía; el influjo de su lírica erótica y de su prosa rutilante y sensual que se enroscaba fina y voluptuosa en los sentidos como una culebrilla de mortal veneno, todo eso hacía de Roberto un personaje inquietante en el ambiente montevideano de principio de siglo. Manuel Sumay en su impecable prosa, le decía “En las misas rojas es Vd. un sacerdote pecaminoso. Es Vd. el gran sabino de las manchas aristocráticas. Y Monsieur Luzbel, vestido de frac, es el campanero”. Oscar Tiberio, poeta y escritor contemporáneo de Roberto llamaba a éste: “Artista aristócrata, gran Caballero del Placer, que peca por amar con toda el alma a la belleza”.

Varias fueron las veces que hubo de haber desenvainado la espada italiana de combate, en defensa quisquillosa del honor, y si a ello no llegó, en cambio mal la hubo en una ocasión, en que un vulgar plomo trágico echó por tierra su arrogancia, episodio al que sobrevivió, pues no podía morir así un Elegido de los dioses helénicos. Vasseur nos contaba cómo un día siendo secretario de "El Tiempo", cuando era su Director Mendilaharsu, Roberto le envió los padrinos que lo eran y aquí lo transcribimos textual "... recibí la visita de los padrinos de Roberto: uno bastante linyera, que dijo llamarse Florencio Sánchez; el otro, blondo como un querube: Julio Herrera y Reissig. ¡Dos inmortales! Cualquiera lo hubiera imaginado".

Desde 1915, Roberto desapareció del escenario público "Anochece en olvidado silencio", dijera en una hermosa página Zum Felde "La neurosis paranoica en parte hereditaria —pues que su madre murió demente— fué manifestándose en él de modo progresivo, hasta que sus perturbaciones hicieron crisis en estado de parálisis progresiva, ya incurable.

Retirado del mundo, acogido en el alma piadosa de un sanatorio, el luzbel anárquico ha proseguido la última etapa ciega de su destino. Fué, embozado en su sombra, a una última cita misteriosa"...

Efectivamente: a una última cita misteriosa, donde, sobre el tálamo trágico de la razón muerta, —féretro de sombras—, la negra noche, deshoja en el desolado silencio, marchitas y desvanecidas las viejas rosas de Citeres!...

Ovidio FERNANDEZ RIOS

Montevideo, 1944.